

A-TWIST

nathalie valencia arrieta



Image not found.

Capítulo 1

- Joshie, despierta.

Esa voz, estoy seguro de conocerla.

- Joshie...

Pero es imposible ¿porque estaría ella aquí?

- Joshie, vamos. Es hora del escáner.

¿Escáner?... escáner. Esa palabra, sé que es importante pero ¿Por qué?

- Josh, por el amor de Dios, ¡arriba!

Escáner. Aún no le encuentro significado, aunque... ¿acaso escuché Dios?

Dios... escáner... ¡ESCANER!

- Mierda.

- ¡Joshua!

- Lo siento Ann.

Así que de ahí venia la voz, de la pequeña boca de An... mi madre.

- No tienes que sentir nada. Solo levántate, es tarde - dijo, mientras me quitaba las sabanas de encima y tiraba del hombro de mi camiseta.

¿Tarde para el escáner? ¿Ann?

- ¿tarde? – pregunté, algo atontado por el sueño.

- Sí, tarde. mira la hora.

Seguí sus indicaciones y me incorporé. En el pequeño reloj eléctrico de la pared, tres números rojos indicaban la hora. Por poco y volví a gritarle.

- ¡pero si son las cinco!

- Lo sé – suspiró –Volvieron a cambiarla.

- ¡¿Qué?! ¿de nuevo?

- Si, de nuevo – respondió, algo molesta - Ahora levántate ¿quieres?

- No, no quiero.

Intenté volver a taparme con las sabanas, pero antes de haberme cubierto del todo, tomó la funda de abajo y tiro de ella. Me aferré a la cama todo lo

que pude, sin embargo, al final, terminé en el piso.

Aun así, no pensaba levantarme.

- Josh, no estoy jugando ¿sí? Levántate.
- Yo tampoco juego, Ann. ¿Te parece que esto está bien? – repliqué. Seguro estaba actuando como un niño caprichoso, pero tenía razón.
- Eso no interesa, Josh. Levántate.
- Pero...
- Josh.

Sabía que era su última advertencia, así que me levanté, tomé las sábanas y las tiré sobre el colchón desnudo.

Puede que no estuviese acostumbrado al rol de Ann como madre responsable y autoritaria, pero cada que en serio me daba una orden, era una orden, o por lo menos luego de que usara su tono de mamá – una combinación entre grito y chillido de desesperación – que no daba lugar a contradicciones.

Me quité la camiseta, la arrojé junto a la pila de tela y me dirigí al cuarto purpura.

No podía creer que otra vez hubieran cambiado la hora del escáner. Al parecer no bastaba con que nos tuviéramos que someter a la prueba todos los días, si no que, además, ahora era sorpresa.

- Josh, apúrate.
- Aquí estoy, Ann.

Cuando llegué al pasillo Ann ya tenía el dedo índice dentro de la maquina.

- Cada vez se tarda más en responder. – comentó con un suspiro – deberíamos llamar para...
- ¿Estás loca? Sabes que...
- Si, si, no podemos costearlo.
- Lo sacaran de mis horas y las necesitamos. Lo sabes Ann.
- Lo sé.

Ninguno de los dos dijo nada más. Esperamos allí hasta que el zumbido de la maquina se detuviera y escucháramos la familiar voz del presidente de la I.M.C.A.A (institución médica y científica de asuntos ambientales) anunciando el numero de la prueba, el nombre de la persona, la edad y el código ciudadano. Inmediatamente Ann retiró el dedo de la maquina y entro en la habitación. Las puertas se cerraron de manera automática detrás de ella.

Solo en el pasillo, me recosté en la pared y tome aire. La indiferencia de Ann me irritaba. Yo sabía que tendríamos que reparar la maquina, y eso no era lo que me molestaba, ya encontraría la forma de hacer más horas, es solo que no entendía como podía estar tranquila amoldándose a todo lo que a nuestro gobierno se le daba por cambiar

Las puertas volvieron a abrirse, esta vez, para dejar salir a Ann, que se terminaba de acomodar la camiseta.

- Tu turno.

Suspiré y metí mi dedo índice en la maquina. Ann tenía razón. Tardaba demasiado en responder. Casi pasó un minuto completo hasta que el lector dejó de zumbiar y se anunciaron mis datos:

"prueba numero 5875. Joshua Collins. Dieciséis años. Habitante número 1'158.724"

Saqué el dedo y atravesé el hueco de la entrada. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, volvió a sonar la misma voz de antes dando todas las indicaciones respectivas para empezar con el escaneo.

Seguí sus órdenes y me paré frente al sensor, separé los brazos a cada lado de mi cuerpo, justo como se mostraba en la pequeña pantalla de enfrente y esperé. Cuando las luces se apagaron, el tan familiar rayo purpura salió disparado de la pared y me atravesó el pecho. Un estremecimiento gélido recorrió todo mi cuerpo. Permanecí inmóvil, sintiendo como aquella línea fría subía y bajaba por mi tórax – cuatro veces para ser exactos – luego la maquina hizo bip y las luces volvieron a encenderse.

"escaneo exitoso. Habitante numero 1'158.724, Joshua Collins, limpio"

- ¿Cómo si no? – susurré, fulminando con la mirada el rectángulo cromado incrustado en la pared mientras salía del cuarto.

Fuera, Ann se encontraba en la misma posición que yo hacía unos minutos, mientras esperaba a que saliera. Cuando me vio, se incorporó e hizo la pregunta que me hacia todos los días al terminar cada prueba y, aunque la respuesta siempre era la misma, parecía nerviosa.

- ¿y?

- Todo bien Ann. Tranquila – respondí al pasar por su lado y le planté un beso en la frente.

Suspiró y me dedico una sonrisa. Parecía cansada. Dos círculos negros

enmarcaban sus ojos, que lucían hinchados y algo rojos.

- Oye, ¿estás bien? – le pregunté.

En verdad estaba preocupado. Sabía que hacía días que no dormía bien y que el problema de la columna no dejaba de empeorar. Había noches que podía escucharla caminar por horas. Otras eran peores. A veces gritaba o gemía de dolor. Yo había intentado ayudarla en muchas ocasiones, pero nada funcionaba. Ya ni las malditas pastillas que le suministraban parecían surtir efecto.

- Sí, estoy bien, Josh. No te preocupes – volvió a sonreír, intentando restarle importancia – ¿porque mejor no comes tu desayuno? ¿sí? Hoy llegó más temprano.

- Bueno, es lo mínimo que pueden hacer – sonreí.

Al llegar a la cocina – que consistía en un pequeño fregadero, un monitor y la dispensadora – ingresé nuestro código. Dos platos se deslizaron por el compartimiento de la izquierda correspondiente al desayuno. Le pasé uno Ann y tome el mío. No era nada en especial, solo lo mismo que servían cada martes: una naranja, avena cocida y un pedazo de queso.

Odiaba el desayuno, si bien la comida nunca tenía mucho sabor, los cocineros parecían esmerarse con la primera del día.

Comí lo más rápido posible, concentrándome más en tragar que en saborear el festín de grumos que inundaba mi boca.

- ¿Quieres agua Ann? – le pregunté mientras me servía un vaso del grifo.

- No. Lo dejare para más tarde

Teníamos derecho a seis vasos diarios, tres por persona y Ann solía dejarlos para la noche. Otra cosa más que agregar a la lista de beneficios de vivir así.

Me tome medio y le pase el resto.

- Está bien, sabes que tengo derecho a uno extra en la huerta. – le dije, antes de que pudiera rechazar mi oferta.

Tomé la naranja sin pelar y me dirigí a mi habitación: un cuadrado de concreto de dos por dos metros. Saqué la ropa de una de las cajas debajo de mi cama y me vestí. Antes de salir, tome mi mochila y metí la naranja y la chaqueta verde de mi abuelo dentro.

- Ya me voy – anuncié al llegar a la puerta. Ann seguía sentada frente a la barra, comiéndose lo último de su naranja.

- Ven aquí- me dijo estirando el brazo hacia mí. Se lo tomé y ella

continuó – ¿huerta o escuela?

- Huerta – respondí – las clases no comienzan hasta las dos.

- Ah, muy bien – dijo asintiendo con la cabeza – Mmmm...

- ¿sí?

- Escucha – bajó la voz – esta mañana, cuando desperté – hizo una pausa

– se llevaron a Adam

No fui capaz de decir nada. Me zafe de su mano y corrí afuera.

¡Josh, espera!

No me detuve. Crucé la puerta y viré a la izquierda hacia las escaleras. Subí los peldaños de dos en dos. Cuando llegue al pasillo donde estaba la puerta de Adam pude notarlo en seguida. La temperatura en ese piso era unos cinco grados más baja y el aire estaba impregnado de un olor tan fuerte a jazmín que podía sentirlo en mi lengua. Ambos factores indicaban que los de la I.M.C.A.A habían pasado por allí y que, no solo habían pasado, sino que se habían llevado algo consigo. Según ellos: contaminación; La verdad: una vida.

Me acerqué al lugar donde solía estar la puerta de Adam. Ahora en vez de metal había vidrio, un cristal grueso y matizado que no dejaba ver lo que había dentro. Sin embargo no había ido allí para ver el apartamento, sino lo que había en la parte de afuera. Sobre el cristal, grandes letras purpura marcaban el lugar como descontaminado y otras más pequeñas en rojo relataban una leyenda que conocía muy bien:

“Luego de someterse al escáner, el habitante numero 1’158.560 se identifico como contaminado, por lo que fue llevado a las instalaciones de nuestros centros de control para iniciar el proceso de investigación correspondiente a su caso. Este lugar esta censurado y sellado, y permanecerá así como muestra de lo que ocurre cuando se viola la ley sanitaria No 001 del reglamento de la I.M.C.A.A”

¿Contaminado? ¿Proceso de descontaminación? ¡Ja! Por favor.

- Joshie – una voz agitada cortó el silencio.

Desvíe la mirada de la inscripción. Era Ann, subiendo los últimos escalones. Estaba sudada y le costaba respirar.

Corrí hacia ella y la ayude a subir. Luego, la dejé apoyada en la pared y fui al cristal de nuevo. Debía corroborar la autenticidad del mensaje. Me acerqué a la superficie tornasolada y busqué el sello. Justo donde terminaba la ultima A, estaba tallado un pequeño jazmín.

- Otro más – susurré. No podía creerlo - ¡OTRO MÁS! – esta vez las palabras surgieron de mi garganta como un aullido, propagándose por

todo el pasillo.

- Joshie...

- Vamos, no puedes seguir ignorándolo Ann – sonaba más como a una súplica que como una afirmación. Pero tenía que hacerlo, por una vez quería saber que lo entendía tanto como yo.

Se quedo mirando el piso unos minutos, como si en el pudiese encontrar una respuesta.

- Josh, ¿qué quieres que haga? – hablaba lentamente, midiendo sus palabras.

- Lo que sea Ann – contesté irritado – lo que sea. Quiero que me digas que entiendes ¡Maldita sea! Que sabes que esto no está bien.

- Dicen que estaba contaminado...

- No –le advertí– no me vengas con eso. Sabes muy bien que no es así.

- Josh baja la voz.

- No Ann, no lo hare – gruñí, apretando los dientes y dándole una patada al cristal - ¿es que no lo entiendes? ¡Mañana podrías ser tú!

- Yo no he roto la ley – dijo calmadamente.

Ya no lo soporté más. Me acerqué a ella y la tomé por los hombros, con cuidado de no hacerle daño, pero asegurándome de que me veía a los ojos.

- Sabes perfectamente que esto no se trata de violar la ley – le dije lentamente, enfatizando cada palabra – se trata de serles útil. Dime ¿Qué pasaría si consideraran que ya no les sirves? ¿ah? ¡¿Qué pasaría, Ann?!

- Josh tu...

- Esto no es sobre mí – la interrumpí – Es sobre todos.

Ann abrió la boca y volvió a cerrarla, probablemente decidiendo que sería mejor dejar las cosas así.

Me aparte de ella. No soportaba estar un segundo más allí.

Bajé las escaleras y salí del edificio. La boca aún me sabía a jazmín y sentía el cuerpo helado. No podía quitarme esas palabras de la cabeza: Contaminación, investigación, ley. Sentía que me asfixiaban. Significaban tanto y nada a la vez.

Corrí.

Una hora después me encontraba dentro de “la cueva”, el lugar donde entrabamos a tomar nuestro descanso de la jornada laboral en la huerta,

que hacia también de vestidor, comedor y pórtico.

El camino hasta allí había sido largo y extenuante, pero era lo que necesitaba para calmarme. Siquiera había algo que agradecer a los de la I.M.C.A.A: si no hubiese sido porque adelantaron el escáner, probablemente no habría podido llegar a tiempo, y no podía darme el lujo de perder horas.

Ahora entendía porque Ann se había demorado en despertarme: no quería que viera lo de Adam, sabía que habría sido un desastre, y yo también. Al menos el ambiente en la huerta me resultaba relajante. Cada martes y jueves debía trabajar en esta inmensa plantación, para saldar mis cinco horas diarias y sumaras a un total de treinta horas semanales. Aparte de las diez horas que hacia semanalmente en la huerta, trabajaba otras diez en la purificadora A y diez más en la B. veinticinco de esas horas eran exigidas por el estado, las otras cinco las acumulaba para beneficios extra: como más medicamentos para Ann, más agua o más comida, nunca los tres.

En la mayoría de los casos, solo se exigían a menores de dieciocho años, un total de veinte horas semanales, sin embargo, ya que Ann no podía trabajar y aunque el gobierno se encargaba de darle todo lo necesario (agua, vivienda y comida) me exigían cinco horas más como compensación por sus medicamentos especiales.

Preferí no pensar en ello. Como si ella hubiese querido terminar así.

Entré en la habitación redonda donde se encontraban nuestros casilleros. Miré la tarjeta plateada con mi código. Hoy me correspondía el numero veinte. Ingresé el código, saqué la ropa y me vestí. Doblé la mía y la metí en la mochila que, a su vez, metí en el casillero. Luego de asegurarme que estuviese bien cerrado, me acerqué a la pantalla más cercana y metí mi dedo índice en el sensor, inmediatamente la pantalla se encendió y me enseñó mi horario: de siete a diez me correspondía el sector nueve (inspección); de diez a doce: molino; almuerzo de doce a una y luego una hora entera de capacitación – o sea una hora entera sin paga –.

Gruñí. Hoy tocaba con Philip, un viejo loco obsesionado con los gusanos.

Tomé la pañoleta que me habían dejado dentro de casillero, la envolví, me la amarré a la cabeza y salí de la cueva.

El día estaba un poco más soleado de lo normal, pero la temperatura era la misma. Unas cuantas nubes se deslizaban perezosas en el immaculado cielo azul. La mayoría de las veces estaba a gusto con este trabajo, pero sabía que no sería un buen día. Me había enfadado con Ann, y seguía

enfadado.

Atravesé el sector tres hasta llegar al seis, intentando enfocarme en el movimiento constante de mis pies sobre la arena. Tomé un pequeño camino que conducía directamente al ocho y seguí hasta llegar al nueve, que era uno de los sectores que limitaban con la pátina y, también, uno de los más alejados de la entrada.

Según todos los libros de historia, folletos, y anuncios, la pátina estaba allí para nuestra protección. Una especie de cúpula que cubría toda la ciudad, solo que no era, en términos técnicos, una jaula para mantenernos encerrados, más bien simulaba una burbuja de la que puedes salir pero no entrar.

Había sido colocada allí hacia casi un siglo, luego de que el mundo estallara en una guerra absurda en la que a los gobiernos se les ocurrió la brillante idea de utilizar armas químicas. Las tres primeras potencias, (Estados Unidos, China y Japón) quedaron totalmente destruidas e inhabitables, el resto del mundo, bueno, agonizaba, así que dándose cuenta de toda la devastación que habían causado – los gobiernos que antes estaban en guerra – decidieron reunirse para buscar una solución. Al final, concluyeron que esta era la manera más viable para reconstruir nuestra sociedad, claro, con algunos cambios.

Estaba en el último año de la escuela, ya sabía casi todo sobre la trascendental Guerra Médica que había ocurrido hacia casi doscientos años, y aún no me cabía en la cabeza el por qué de ella. No importaba que los antecedentes estuvieran llenos de disputas y discordias, nada justificaba el hecho de que redujeran la vida a unos cuantos respiraderos.

Al llegar a la entrada del sector esperaban dos chicos de unos diecisiete años. Ambos eran altos y de contextura parecida. De no ser porque uno era moreno y el otro rubio, podrían haber sido gemelos. Estaban apoyados en la cerca, hablando entretenidamente. Cuando se fijaron en mi presencia, el rubio, que estaba de espaldas, se giró. Intenté no reparar demasiado en el parecido de sus rostros.

No funcionó.

- ¿Qué? – preguntó el moreno, mirándome fijamente.
- Nada – respondí, apartando la mirada.

Debía ser molesto para ellos que las personas se los quedaran mirando todo el tiempo, pero era imposible no hacerlo. Rara vez se veían hermanos y mucho menos de un mismo nacimiento. Ya de por sí era malo que alguien tuviese que morir, no imagino lo que debió ser tener que

perder dos personas a la vez.

¿Habrán sido sus abuelos?, pensé, tal vez el padre.

Seguramente eso era lo que había ocurrido, lo que el sistema exigía: una muerte por cada nacimiento, así se regularía el crecimiento poblacional, y dudaba que la madre de un par de chicos que tenían que trabajar por horas, hubiese tenido el dinero suficiente para pagar una vida.

Eso me hizo volver a pensar en Ann y en Adam. Ella aún no lo entendía y yo no sabía porque. Luego de lo que había pasado con Shawn (mi abuelo) hacía casi cinco años, ella debería haber sido la primera en admitir que lo que yo decía era cierto. Ann conocía a Adam, sabía que él sería la última persona en el mundo en infringir la ley y que, al igual que Shawn, no estaba contaminado. Pero no, prefería creer que los de la I.M.C.A.A decían la verdad.

Me apoyé en uno de los postes que mantenían la cerca de división en pie y esperé a que llegara el cuarto chico. Él traería una caja que contenía cuatro trozos de papel marcados con una letra para cada sección: A, B, C o D. Debíamos sacar uno, así se determinaría que sección le tocaba a cada quien, y presionaríamos la letra en nuestras tarjetas de ingreso para subir los datos al sistema.

Inhalé un poco de aire. El olor a abono y vegetación inundó mis pulmones. Me encantaba; por eso prefería trabajar en la huerta a en cualquiera de las purificadoras. Ese aroma me recordaba a mi abuelo, que siempre olía a tierra y me contaba historias que su abuelo le contaba sobre cómo era el mundo antes de todo esto.

Lo extrañaba, tal vez más de lo que habría querido. Cada vez que pensaba en él sentía una punzada en el pecho; pero me gustaba recordarlo. Los recuerdos que tenía de él eran una de las pocas cosas que no podían quitarme. Había sido un padre para mí y, donde quiera que estuviese, lo seguía siendo.

- ¡Vaya, mellizos! – una voz aguda me hizo volver a la realidad.

El cuarto chico había entrado por el camino de la izquierda. Sentí que lo poco que me quedaba de la avena me subía por la garganta.

- Creo que es la primera vez que veo unos – continuó – bueno, hace poco vi un par aquí en la plantación pero – rió – no parecían... ¿Cómo decirlo sin que suene mal?

- ¿Por qué mejor no te rompo la cara para que así te tragues tus palabras? – El mellizo moreno se había apartado de la cerca,

aproximándose al cuarto chico con los puños apretados.

El chico no pareció intimidarse ni un poco, por el contrario, una sonrisa malévola se le dibujó en el rostro.

- Ah, sí. *Limpios* – escupió la última palabra como si fuera ácido

No sabía qué problema tenía ese chico, pero esa última frase fue todo lo que el mellizo necesitó para abalanzarse sobre él.

- Dan - lo llamó el mellizo rubio.

Al oír su nombre, Dan, como lo había llamado su hermano, se detuvo. Se quedó parado a treinta centímetros de su objetivo, con la mandíbula tan apretada que las venas del cuello parecían a punto de explotarle.

Dio un paso más. Luego otro. El cuarto chico no retrocedió ni un poco.

En ese momento recordé los videos antiguos que había visto en la escuela sobre fauna salvaje. Tigres desgarrando el cuello de sus presas. Así era justamente como se veía Dan: a punto de atacar.

- Dan – volvió a advertirle su hermano.

Esta vez no hizo caso y dio otro paso al frente.

- Dan, no...

Pero antes de que su hermano pudiese intervenir, Dan saltó los pocos centímetros que quedaban entre él y el cuarto chico y le arrebató la caja de las manos. El chico, sorprendido, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

- Tu, el de la pañoleta, ven aquí– dijo Dan mirándome.

- ¿yo? – pregunté.

- ¿Acaso ves a alguien más con un trapo en la cabeza?

Buen punto, pensé.

Lentamente camine hacia Dan. No creía que fuese una buena idea, pero no quería que pensara que le tenía miedo.

- Saca una tarjeta – me ordenó, acercándose la caja

Abrí la tapa y saqué un trozo de papel. Sección D. Perfecto, entre más alejado estuviera de ese caos, mejor.

Le mostré la letra y Dan asintió. Metió la mano y sacó dos más, pasándole una a su hermano que se había acercado para buscar la suya. Acto

seguido, tomo la caja y se la arrojo al cuarto chico, que todavía estaba tratando de levantarse. El impacto fue tan repentino que lo devolvió al suelo.

Lo miré y no pude evitar sonreír. Se lo merecía. Presioné la letra D en mi tarjeta de ingreso, di media vuelta y me dirigí a mi sección.

Todo lo que había en el sector nueve era maíz. Largos tallos se erguían hasta superar los dos metros de alto y cubrían alrededor de media hectárea completa.

Llevaba una hora inspeccionando mi sección, y ya casi todo el terreno que me correspondía estaba marcado. Lo único que había encontrado eran un par de gusanos y algunas hojas muertas, pero no podía volver antes de que se cumplieran las dos horas así que tenía tiempo para un descanso.

Me detuve, observé los últimos dos tallos con detenimiento y clavé una barra fluorescente en el piso para marcar ese pasillo como inspeccionado. Giré a la derecha y salí de la plantación.

En el límite de la patina la temperatura era más baja. A simple vista era imposible verla pero, incrustadas en el piso, a un metro de su superficie, había barras de metal de unos treinta centímetros a lo largo de toda la circunferencia, como aviso de que la pátina estaba allí.

Deshice un montoncito de arena con el pie y me senté, poniendo la bolsa con los marcadores a un lado. No había mejor lugar para descansar en horas laborales: el maíz me ocultaba por completo y, allí frente a la pátina, la vista del exterior era bastante panorámica.

Hice un par de garabatos con el dedo sobre la arena. Me preguntaba cómo habría sido estar allí, en ese mismo lugar, hacía un siglo. Podía imaginar la vasta vegetación que, en ese entonces, cubría toda la parte baja de Colombia y la frontera con Brasil; árboles enormes, ríos, animales y flores, inundando cada rincón de aquel pulmón del mundo – no recordaba el nombre que había leído en la escuela, pero estaba seguro de que tenía una z – del que ahora no quedaba rastro.

Nuestra pátina era la célula número tres del complejo gubernamental SJ1. Había cuatro más aparte de la nuestra: otras tres pequeñas y la central, cuyo tamaño era cuatro veces más grande. Al igual que las otras en el mundo, la SJ1 fue colocada allí porque ese era uno de los escasos puntos en la tierra que parecían tener salvación o, al menos, que podrían

brindarnos algo con lo que trabajar.

Inhalé un poco de aire. Fuese como fuera hace años el exterior, ahora no lucía nada prometedor, solo era una gran extensión de tierra gris y muerta; el aire, a pesar de que era "respirable", tenía tantas toxinas que estarías muerto en menos de una hora.

Hacia un año, un tipo que había escapado de la cárcel dos días antes de que se cumpliera el plazo para su ejecución, cruzó la pátina. Media hora después de que el hombre saliera, intentó cruzar de nuevo. En los videos lo mostraban apretándose el cuello mientras corría hacia la pátina. Nos lo habían enseñado unas cinco veces en la escuela – solo a mayores de catorce años – para que entendiéramos lo que pasaría si salíamos.

Me tomó una semana borrar de mi cabeza la imagen de aquel hombre – medio carbonizado, medio mutilado – luego de que tocara la superficie de la pátina; y una más, olvidarme de la apariencia que tenían sus pulmónes luego de que se los extrajeran – Esos se los habían enseñado a todo el público por medio de un comunicado oficial de la I.M.C.A.A – En el video se veían dos pedazos de carne café, con manchas verdes y pus.

Me preguntaba porque ese hombre había cruzado. Todos sabíamos perfectamente que fuera, la contaminación era fatal. Yo habría preferido mil veces una ejecución aquí dentro, que una muerte tan bizarra en el exterior.

Suspiré. Debería haber traído la naranja que había dejado del desayuno, me rujía el estomago. Miré la tarjeta de ingreso. Restaban cuarenta minutos para terminar con la inspección y llegar al molino.

Me levanté y flexioné las piernas un par de veces, se me había dormido la izquierda. La golpeé mientras hacía un rápido cálculo mental: si debía llegar al molino a las diez, solo tenía treinta minutos para acabar con la marcación.

Pasé el pasillo que acababa de marcar, agitando la pierna mientras caminaba e intentando revisar las plantas lo más rápido posible. No fue hasta que terminé de recorrer el pasillo contiguo, que me di cuenta de que había dejado los marcadores en el límite.

Diablos – maldije en voz alta – hoy no tengo tiempo para esto.

En vez de devolverme, decidí salir por el final del pasillo en el que estaba. Caminé un par de pasos y luego empecé a trotar. Estaba a punto de torcer a la derecha en el límite, cuando algo en la pátina llamó mi atención. Al principio creí que era el reflejo de la luz, pero no. Fuera, en el exterior, algo se movía...

Capítulo 2

Capitulo 2

... ¿o no?

Cuando abrí los ojos, un par de rostros borrosos flotaban frente a mi cara.

- ¿Crees que este bien, Rick? me parece que esta vez te pasaste.
- Cállate, Dan.

¿Dan?

Me incorpore de golpe.

- Oye, imbécil – gruñó uno de los sujetos cuando casi lo alcanzo con mi cabeza.

Me frote los ojos, tratando de mejorar el enfoque.

No sabía que había pasado pero, cuando mi vista se adaptó a la blanquecina iluminación del lugar, me di cuenta de que de hecho, estaba en los vestidores de la cueva y que los sujetos misteriosos eran, en realidad, los mellizos que había visto en la mañana.

- ¿Qué están haciendo aquí? –Seguía frotándome los ojos.
- Oh, creí que preguntarías que estabas haciendo tú aquí – dijo el sujeto que ya había identificado como Dan, aunque no entendí.
- ¿Qué? – pregunté.

Rick, el gemelo rubio, le propino un codazo en el estomago.

- Cállate, Dan – le espetó, apretando los dientes. Después se dirigió a mí – nada, no le prestes atención...
- Pues debería – intervino Dan, lo que demandó otro codazo de su hermano.
- ¿Quieres otro? – le preguntó Rick, fulminándolo con la mirada.

Su hermano, sin aire y una mano en el estomago, negó con la cabeza.

Ambos estaban de pie con sus uniformes, frente al banco donde me encontraba sentado. Tenían la ropa sucia de tierra y el cabello sudado.

- Escucha – prosiguió Rick, acercándose aun más–no tenemos mucho tiempo, así que solo preguntas al final...
- Pero... - empecé

- ¿Que acabo de decir?
- Eso no era una...
- Creí que estaba implícita la idea de que tampoco puedes hablar – volvió a interrumpirme, esta vez, un poco irritado – en fin – continuó – los de la I.M.C.A.A están a punto de llegar.

¿A punto de llegar? ¡¿Los de la I.M.C.A.A?!

Me señalo con su dedo índice como advertencia cuando abría la boca para preguntar algo.

Volví a cerrarla ¿Qué diablos había ocurrido? Lo último que recordaba era estar en la plantación, luego no había nada; todo era borroso y, cuando intentaba traer una imagen de lo ocurrido a mi cabeza, sentía una punzada en la sien.

Crucé los brazos sobre el estomago. Me sentía como un preescolar allí sentado sin poder decir nada, pero parecía que si quería entender algo, tenía que cooperar.

- Como te decía, los de la I.M.C.A.A están a punto de llegar – prosiguió – y vendrán a buscarte. No te diré porque. No preguntes. Solo haz lo que te digan. y si te preguntan dónde estabas hacia treinta minutos, dirás que viniste aquí por más marcadores ¿vale?
- ¿si... si me preguntan? – pregunté.

Si antes estaba confundido, ahora no tenía la más mínima idea de que lo ocurría.

Un timbre de alarma se encendió en mi cerebro ¿Por qué los de la I.M.C.A.A vendrían por mí?

- ¿Por qué me preguntarían algo? Yo no he hecho nada – repliqué.
- Vez Rick, ya está hablando como delincuente y ni siquiera le han preguntado nada. Déjame a mí – Dan apartó a su hermano y se puso frente a mí – escucha pizco – habló en voz baja, inclinándose hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos. Gruesos mechones de cabello castaño oscuro se deslizaron sobre su frente – harás lo que te digamos si quieres mantener tu sucio culito a salvo ¿entendiste?

¿Pizco? ¿A salvo?

- Pero si yo no he hecho nada malo – repetí
- Eso lo sabemos – gruñó – por eso debes decirles que estabas aquí ¿no es así? Viniste aquí hace treinta minutos por marcadores.

Intente hacer memoria. Hacia treinta minutos estaba... ¿aquí?

- Sí... – respondí. Todavía no estaba seguro, pero entre más lo pensaba más clara era la imagen en mi cabeza – sí, eso creo.

- Muy bien – dio una palmada en el aire y se aparto – entonces ya todo está claro.

¿Claro? Los de la I.M.C.A.A vendrían por mí para interrogarme, nada estaba claro.

Me acomode en la banca y apoyé los codos sobre las rodillas. Pensé en discutirle, pero Dan no parecía ser una persona con la que fuera posible llevar una conversación sin terminar con un ojo morado; además, el ya había tomado su mochila del piso y se había ido al otro extremo de la sala, donde estaba su casillero, dando la conversación por terminada.

Decidí preguntarle a Rick. Sabía que no me diría porque me buscaban, pero tal vez podría aclarar la pregunta que estuvo rondando en mi cabeza desde que había despertado.

- Oye, Rick - el mellizo rubio estaba agachado, hurgando en uno de los casilleros - ¿qué me paso?

Rick aparto la vista del hueco y me miro por un segundo, luego giro la cabeza y continuo con su labor.

- Eso ya lo sabes. Viniste por marcadores – habló sin prestar mucha atención.

- Sí, pero ¿por qué estaba acostado en la banca?

Algo se derrumbó dentro del casillero de Rick. Un par de marcadores salieron disparados del hueco y se regaron en el piso.

Rick no dijo nada, ni siquiera sacó la cabeza del casillero.

- Te di con esto – Dan, apareció de la nada con una mazorca en la mano – y te desmallaste. Tuvimos que subirte a la banca.

Se acercó a Rick y lo ayudo a recoger los marcadores.

- No fue bonito – agregó, haciendo una mueca - ¿verdad, Rick?

- Sí – reafirmo Rick, que al parecer había recobrado su movilidad y miraba a su hermano y a mi alternativamente – te confundió con Mark.

Dan lo miró por un segundo antes de soltar una carcajada.

- Sí. el idiota de esta mañana. Debes agradecer que no te la...

“Joshua Collins, diríjase a las instalaciones administrativas de inmediato”

Una voz automatizada ahogo sus palabras.

Nos miramos durante unos segundos. Ninguno parecía saber qué hacer, aunque las órdenes habían sido bastante claras.

Me llevé las manos a la cabeza y me acomode la pañoleta ¿en qué diablos me había metido?

- Bueno, niño ninja, creo que ese es tu llamado – Dan, se acerco y me empujo por la espalda.

- ¿eh? – dije confundido – ¿niño ninja?

- No importa – suspiró, dándome otro empujón

Me levanté y caminé hacia la puerta. Un dolor punzante me atravesó la cabeza. Tuve que detenerme y apoyarme en la pared

Mire atrás. Los dos estaban observándome. Me frote las sienes, lanzándole una mirada asesina a Dan, que sonreía enseñándome la mazorca.

Había algo raro con esos dos, empezando por el mazorcazo que me había dado Dan. Si bien Mark, como había llamado Rick al cuarto chico, y yo, teníamos el mismo color de cabello, no podíamos ser más diferentes: no solo su contextura era mucho más gruesa que la mía sino que, además, debía medir unos veinte centímetros menos que yo. Estaba seguro de que mentían, pero ¿Por qué?, y a pesar de todo, una parte de mí sentía que no debía discutir, que, por alguna razón, estaba bien.

Sacudí la cabeza, en un intento por detener las pulsaciones que parecían molerme los sesos. Tenía que ir a las instalaciones administrativas, pero la sensación de que seguía olvidando algo importante persistía, y mis instintos me decían a gritos que no debía dar un paso más. Pero lo hice.

Las instalaciones administrativas eran un caos. Había personas corriendo de aquí para allá. Unos veinte hombres y mujeres, todos vestidos con uniformes de la I.M.C.A.A, llenaban el lugar. Algunos estaban hablando con los trabajadores, mientras otros solo observaban, tomando apuntes en sus pantallas.

- ¿Joshua Collins? – una mujer delgada se había acercado por detrás.

Usaba también uno de los enterizos blancos de la organización.

Asentí.

- Sígueme – me ordenó y siguió adelante.

Caminamos por un par de corredores atestados de gente. De vez en cuando miraba atrás, para asegurarse de que la seguía.

Nunca antes había pasado de la recepción, donde solían entregarnos nuestras tarjetas de ingreso. Me sorprendió lo grande que eran las instalaciones; Cada que girábamos en una esquina, cinco pasillos más aparecían.

Durante todo el trayecto de ida había intentado entender lo que pasaba, pero no había nada que entender. Yo había ido a trabajar y regresado media hora antes por más marcadores. Todo estaba allí: la inspección, el pequeño descanso en el límite y el camino de regreso a la cueva, incluso el dolor que me había causado el pseudomazorcazo de dan, – aunque ese último seguía presente – claro en mi en mi mente. Estaba seguro de que la laguna pasajera que había tenido fue causa del desmayo. Yo no había hecho nada.

Seguimos caminando un par de minutos. Al llegar al final de uno de los corredores, dos hombres fornidos esperaban delante de unas puertas dobles, cuando nos vieron, las abrieron para dejarnos entrar.

Instantáneamente, mi corazón se detuvo. En la sala había unas cinco personas sentadas alrededor de una mesa redonda, todas de la I.M.C.A.A.

No has hecho nada malo, me repetía una y otra vez, de lo que quiera que sea que te culpen, eres inocente.

Atravesamos las puertas. Con solo poner un pie en la sala, tanto los tres hombres como las dos mujeres, se giraron para verme. Sentí que la sangre abandonaba mi rostro. Conocía a dos de esas personas: la mujer sentada en un extremo de la mesa era Samanta Rodríguez, la encargada en jefe de la sede de la I.M.C.A.A de nuestra célula, y el hombre a su derecha era Jeffrey Luna, el jefe del sector de regulación y seguridad.

Dios ¿Que había sido tan importante como para que esos dos hubiesen venido hasta aquí? o tan terrible.

- Señor Collins, siéntese por favor – la señora Rodríguez se levantó de su asiento y me indicó una silla al otro extremo de la mesa – Marie, puedes retirarte – Marie, como al parecer se llamaba la mujer que me había

traído, asintió y salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de sí.

Tomé asiento. Solo había visto a la encargada en jefe unas cuantas veces a través de algún comunicado. En persona, parecía mucho más severa; todos sus movimientos destilaban autoridad, desde la manera en que se paraba, hasta la forma en la que el cabello le caía por la espalda en una gruesa coleta negra.

Hubo unos cuantos segundos de silencio, como los momentos previos a que se desate una tormenta. Quería preguntarles porque estaba allí, pero no parecía conveniente.

- Jeffrey – la señora rodóriguez hizo un movimiento rápido con la mano y tomó asiento. Inmediatamente, Jeffrey luna, se inclinó sobre la mesa y tocó un objeto que estaba en el centro.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba allí y, si el señor luna no lo hubiese tocado, estaba seguro de que habría seguido sin notarlo. Parecía una simple lámina de cristal, no más gruesa que una uña, pero cuando Jeffrey la activó, una serie de líneas empezaron a dibujarse en su superficie, como los muros de un laberinto en dos D. Al principio eran negras, luego una luz purpura las consumió desde cada uno de los extremos hacia el centro. Cuando los haces se tocaron, la lámina empezó a combarse hacia arriba. El material cambió de sólido a una especie de plasma, más similar a la pátina que a las pantallas de grafito, deformándose hasta formar una esfera del tamaño de una pelota de básquet, suspendida en el aire a tres centímetros de la mesa.

Estaba impresionado, la metamorfosis de la pequeña placa había sido increíble. Ni siquiera los LCI full* eran comparables con una tecnología como esa; aunque aún no sabía lo que era, o que iban a hacer con ella.

*LCI full o Lente De Contacto Inteligente full: es una lente con decodificador de ADN, que reconoce y decodifica las señales enviadas por el sistema neuronal del propietario, para reordenarlas y realizar una acción específica sin necesidad de un control remoto; como tomar una foto, descargar archivos, etc.

- Muy bien señor Collins –esta vez habló Jeffrey Luna.

Esperaba que su voz fuera juego con la imagen de hombre tosco que tenía frente a mí, pero la voz que brotó de sus labios era suave, casi dulce.

- Haremos esto rápido – se levantó y empezó a caminar por la sala – hace cuarentaisiete minutos exactamente hubo una pequeña falla en la pátina. Vera, según los registros de la huerta, usted estaba encargado de la inspección en esa zona cuando ocurrió el inconveniente. Estos son sus datos ¿no es así? – presiono algo en la pantalla que tenía en la mano y la

imagen de mi registro se desplego en el aire.

- Sí – respondí. tuve que inclinarme para poder leer.

- Y esta es su hora de ingreso – señaló un punto bajo mi foto.

- Sí.

- Perfecto – cerró mi registro y me miró fijamente mientras se acercaba – A ver, Collins. como sabe, el procedimiento de escáner solo puede realizarse una vez al día. Incluso para nosotros es imposible someter a una persona dos veces en veinticuatro horas, así que, y ya que estaba en la zona del incidente...

- Yo no estaba allí – las palabras salieron de mi boca sin que pudiera contenerlas.

- ¿Perdón?

- Sí, yo no estaba allí – respondí. Mi voz sonó con tanta seguridad que, por un momento, temí que no fuera la mía.

- Así que no estaba allí, ¿eh? – Jeffrey entrecerró los ojos. Me miraba como a un criminal que dice ser inocente – entonces ¿Dónde estaba?

Por un segundo mi cerebro se quedo en blanco, pero antes de que si quiera pudiera pensar en una respuesta, las palabras volvieron a brotar de mi boca.

- Volvía a la cueva por más marcadores.

- Entonces no estaba en la zona.

- No.

Jeffrey miró a la señora Rodríguez, quien asintió y se levanto de su silla.

- Vas a la escuela ¿no, Joshua? – habló suavemente.

Fue una pregunta extraña pero igualmente mi respuesta fue segura; aún cuando no habría dicho otra cosa, parecía que mis palabras solo salían porque sí.

- Sí.

- Entiendo que entonces te han enseñado que la I.M.C.A.A y sus trabajadores solo velan por la seguridad de todos – caminaba lentamente hacia mí, con sus botas blancas de tacón resonando en el piso de madera.

- Sí.

- Entonces... dices la verdad – ya había llegado al lugar donde estaba sentado – no hay razón para mentir – apartó la silla que estaba a mi lado y se sentó, apoyando las manos sobre la mesa y entre cruzando los dedos.

- No miento – afirmé.

- Y yo te creo - dijo sonriendo – pero este asunto es algo muy delicado. Quiero que entiendas que, aunque la falla en la patina no fue grave, si estabas cerca pudiste haber... inhalado alguna bacteria.

- Si me creyera no estaría diciendo eso. Yo ya le dije que no miento – no

había querido decir lo que dije, pero parecía que ya no controlaba mi lengua y, cada vez que quería pensar que decir, mi mente se quedaba en blanco – no estaba allí – Una mueca de disgusto se dibujó en su rostro.

Me sostuvo la mirada uno segundos. Quería apartar la mía, pero lo único que hice fue devolvérsela. Algo me decía que respondiera y actuara de la forma en que lo hacía y, ese algo, parecía ser más fuerte que yo, si es que eso tenía sentido.

- Jeffrey – llamó la señora rodíguez – ya que el señor Collins esta tan seguro de no haber estado allí hace – miró su pantalla – cincuenta y dos minutos exactamente, me parece que no se opondrá a la revisión – dejó su pantalla en la mesa y esperó que Jeffrey llegara.
- ¿quiere que procedamos ya? – le preguntó Jeffrey
- Sí, al menos que el señor Collins haya cambiado de opinión – dijo mientras se levantaba.

Esta vez, nada salió de mi boca.

- Muy bien – tomo la pantalla y volvió a su puesto original.

Jeffrey se acercó al centro de la mesa. Súbitamente, la esfera empezó a girar sobre su propio eje y un silbido agudo inundo toda la habitación. Mire a los demás presentes, ninguno pareció alarmarse por el sonido o el comportamiento de la esfera.

- Dame tu mano – Jeffrey se acercó a mí, con un nuevo objeto en las manos.
- ¿Para qué? – pregunté, y supe que había sido algo que, inconsciente o no, quería preguntar.
- Para tomar un poco de tu material genético – Levanté ambas cejas.
- Tu sangre – aclaró.

Intentó agarrar mi mano de nuevo, pero la aparte.

- ¿para qué? – volví a preguntar.

Suspiró. Parecía aburrido y un tanto exasperado.

- Mire, Collins. Se supone que debo explicarle el procedimiento completo, pero creo que todos estamos de acuerdo en que ya hemos perdido bastante tiempo aquí, así que solo lo diré una vez – señaló la esfera – esta es... llámela maquina, creada para facilitar la búsqueda de información en un individuo, puede ser genética, anatómica o, como en su caso, mental.

<<Íbamos a hacer una búsqueda de patógenos en su sistema pero, ya que usted dijo que no estaba allí en el momento del incidente, lo que

haremos será buscar en su... archivo de recuerdos, lo que hizo esta mañana.

- ¿Cómo? – pregunté incrédulo.

No era que no hubiese entendido lo que dijo, es solo que ¿mi archivo de recuerdos? ¿En serio? ¿Qué demonios significaba eso?

- Ya le dije para que sirve. No voy a repetirlo ni a explicarle como funciona – extendió su brazo hacia mí – ahora, su mano.

Respiré hondo y coloqué mi mano sobre la suya. Una punzada, similar a las que había estado sintiendo en mi cabeza, me recorrió el dedo índice. Cuando apartó el objeto no había sangre en mi dedo. Ni siquiera había una marca visible.

Inmediatamente regresó a donde estaba la esfera e introdujo en la parte superior, justo en el lugar donde se habían tocado los haces, el objeto con mi sangre. Al verlo de lejos supe que era un extractor, una especie de jeringa con forma de lápiz que perfora, recoge la muestra y cicatriza la piel, todo en milésimas de segundo. Cuando liberó el contenido dentro, la esfera dejó de girar y el sonido se detuvo.

- Debería recostarse en la silla – sugirió Jeffrey – si no quiere terminar en el piso.

¿En el piso?

Estaba a punto de preguntarle por que terminaría en el piso, cuando su pantalla se iluminó, y la sangre, que de alguna forma había permanecido contenida, empezó a disolverse dentro de la esfera, como gotas de tinta.

Guarde silencio. Las líneas negras, que momentos antes estaban encendidas con una luz purpura, comenzaron a moverse y a cambiar. Cerré los ojos y volví a abrirlos. La esfera seguía en su lugar y la sangre, semidisuelta en aquel líquido, seguía fluyendo, esparciéndose en pequeñas hebras carmesí. Parpadeé de nuevo. No, las hebras estaban demasiado cerca, casi no me dejaban ver nada ¿acaso había comenzado a sangrar?

La estabilidad del mundo se deshizo, transformando la sala en una maza multicolor. Pude sentir a mi corazón detenerse, literalmente, seguido de una descarga en mi pecho. Me apreté el estómago, lo último de mi desayuno quedó esparcido en el piso y mi corazón se aceleró, los latidos cada vez más fuertes.

Me aferré a la silla, aunque apenas si la notaba debajo de mí. Intenté respirar hondo, pero lo único que logré fue atragantarme con el aire. El

corazón me latía demasiado fuerte y mi respiración parecía querer seguirle el ritmo, empujando mi pecho arriba y abajo, tan rápido que dolía.

Trate de levantarme, pero me lanzaron de vuelta a la silla. Me incliné y manoteé hacia adelante, sin embargo, los brazos que me aprisionaban eran demasiado fuertes y no estaba en posición de luchar: me dolía la cabeza y la presión que sentía en el pecho se había intensificado.

Me mordí el labio inferior, en un intento desesperado por mitigar el dolor, pero apenas si lo sentí. La presión en mi pecho y el dolor de cabeza, eclipsaban todos mis sentidos. Ya no veía nada, todo era rojo y negro. Entonces un grito desgarrador salió de mi garganta... y desperté.

Capítulo 3

Había terminado de enloquecer, eso era seguro; porque cuando abrí los ojos me encontraba en la sección D, otra vez, con un marcador en una mano y la otra en una mata de maíz. A mí alrededor todo lucía normal: Las nubes parecían líneas de espuma dibujadas en el cielo; el día seguía soleado; el olor a tierra y abono, que tanto me recordaba a mi abuelo, lo inundaba todo.

Respiré hondo. La misma sensación de confusión que me había asaltado al despertar en los vestidores regresó súbitamente, como traída por el viento. Sacudí la cabeza; Ya no me dolía, ni la cabeza, ni el estomago, ni nada; de hecho, me sentía bien. Pero ¿Cómo era eso posible? Hacia dos minutos yo estaba...

Me llevé una mano a los labios esperando sentir dolor; sin embargo, la piel estaba suave, incluso más suave de lo que recordaba haberla tenido nunca.

¿Y ahora qué demonios estaba pasando? ¿Acaso me había desmayado y los de la I.M.C.A.A se habían encargado de devolverme a mi sección? ¿Acaso me habían curado? Aún no acababa la mitad de mi jornada y ya había despertado dos veces sin tener la más mínima idea de dónde o porqué estaba donde estaba.

Necesitaba despejar mi mente, necesitaba entender que pasaba. Cada vez que creía comprender algo, otra cosa incluso más inverosímil ocurría. Estaba exhausto, y ahora me encontraba de pie frente a la plantación de nuevo, como si nunca me hubiese movido de allí.

Definitivamente todo había sido demasiado real, por más bien que estuviese en ese momento; el dolor, las arcadas, las manchas rojas, absolutamente todo había sido demasiado real como para ser un sueño. Tal vez en realidad este era el sueño... otro sueño.

Por un momento temí eso, que de alguna forma, mi noción de la realidad hubiese sido alterada y que nunca dejaría de despertar.

Extendí mi mano. La plantación. No lo había notado pero lucía un tanto diferente, más... ¿viva? Me acerque y toqué una hoja que ya había empezado a marchitarse. Estaba fría...

De repente, mis piernas empezaron a caminar y mi cuerpo junto a ellas. Miré hacia abajo. Sí, se estaban moviendo, pero yo no les había dado la orden. Intente frenar. Nada.

Siguieron caminando, rítmicamente, girando en una esquina y en otra, junto con todo mi cuerpo. A veces frenaban, mi torso se inclinaba, contra mi voluntad, para observar un par de raíces salidas aquí o una hoja muerta allá; Mis manos se dirigían a los tallos y al maíz, inspeccionándolos. Intenté apartar las manos de una raíz salida, pero no se movieron ni un solo centímetro.

Entonces lo entendí. Yo no estaba allí, no físicamente. Por eso el dolor había desaparecido. Por eso mis labios estaban sanos. Ese no era mi cuerpo, no el real.

Cuando el señor luna me había explicado el procedimiento supuse que me conectarían a algo o que, con la muestra de sangre, traducirían las señales neuronales en una imagen concreta, no que iba a estar a punto de morir en una silla y a terminar caminando dentro de mi propio subconsciente sin control alguno.

Era incapaz de comprender el modo en que algo así era posible, simplemente, ¿Cómo podría? Apenas si me habían dicho lo que me iban a hacer antes de que empezara a retorcerme de dolor. Según lo que entendía me hallaba dentro de mi cabeza, recorriendo mi "archivo de recuerdos", como lo había llamado Jeffrey.

Quise golpear algo ¿había sido por esto? Todo lo que me habían hecho pasar, ¿para recuperar un par de recuerdos?! Habría preferido someterme diez veces al escáner antes de pasar por el procedimiento de la esfera.

Ahora más que nunca me sentía perdido. Que iba a pasar conmigo, es decir, haría todo lo que había echo en la mañana ¿y luego qué?

Mi cuerpo continuó su recorrido, indiferente a mis pensamientos, trotando de aquí para allá.

Notar mis piernas moviéndose sin conseguir detenerlas me hacía sentir vulnerable. Comprendía perfectamente que hacer cualquier movimiento por cuenta propia hubiese significado alterar los recuerdos y que, por lo tanto, era imposible; sin embargo, no podía dejar de intentarlo.

Al llegar al final del pasillo que estaba inspeccionando, mi cuerpo se detuvo, mis manos se dirigieron al costado izquierdo del mí uniforme, palmeando un par de veces encima de mi cadera y...

- Diablos, hoy no tengo tiempo para esto.

...Hablé. Mi boca gesticuló cada palabra. Fue como había sido hacia unos... ¿minutos?, durante el interrogatorio, solo que esta vez no sentía que me

arrancaban las palabras, solo fluían, igual que mis movimientos.

Entonces, un pequeño temblor sacudió la plantación. Quise sostenerme de uno de los tallos pero, en el momento que estiré el brazo, me di cuenta que no iba a ser necesario: mi cuerpo estaba estable, ni siquiera se había movido. Un resplandor verde iluminó el espacio y, el sector D, pareció sumergirse en agua. Los colores se diluyeron, para luego recuperar su solidez natural, como si el mundo hubiese sido expandido y devuelto a su lugar, similar a una banda elástica.

El espectáculo solo duro un segundo, tal vez menos. Cuando acabó, mi boca volvió a hablar.

- Tendré que ir por más a la cueva – un gruñido exasperado salió por mi garganta y mis pies empezaron a correr.

Ese día pasaba de raro a completamente loco, y no dejaba de sorprenderme. No solo el temblor y la aparente contracción del universo habían sido extraños, sino que, había podido mover el brazo cuando creí estar a punto de caerme. Ignoraba porque, y era frustrante. Traté de detenerme un par de veces más; mover los brazos, incluso parpadear; pero ninguno de mis intentos funciono.

Al llegar a la cueva, gruesas gotas de sudor me recorrían la espalda, mi respiración era acelerada y el corazón me latía fuerte en el pecho.

Era interesante como, a pesar de que no tenía ningún control sobre mi cuerpo, seguía sintiendo todo, hasta el cansancio.

Entré a los vestidores y mi cuerpo se dobló por la mitad para tomar aire. El reloj de una de las pantallas marcaba las nueve y cuarenta y uno. Me incorporé y di un par de pasos al frente. Instantáneamente, las luces volvieron a apagarse.

Esta vez, cuando desperté, al menos sabía dónde estaba.

Las luces fluorescentes y el olor a antiséptico y jazmín, me golpearon cuando recuperé la conciencia. La sala lucia inusualmente blanca. Seguía sentado en la misma silla, los brazos colgándome a los costados. Un hormigueo recorría todo mi cuerpo; el dolor de cabeza y el de estomago habían regresado; me zumbaban los oídos y, aunque el corazón ya no me

latía tan fuerte, volvía a sentir náuseas.

- Ten, te ayudará

La voz que escuché era suave. Había alguien delante de mí pero no podía distinguir nada, todo se veía demasiado borroso.

Estaba cansado, cansado de despertar e irónicamente lo único que deseaba en ese momento era dormir. Mi cabeza estaba hecha un lío. Me encontraba de nuevo en la sala, aunque en realidad nunca había salido de ella.

Una mano me tomó por la nuca con delicadeza y puso un vaso sobre mis labios, vertiendo líquido en mi boca. Moví el brazo izquierdo para apartarlo, pero apenas si subió unos centímetros antes de desplomarse por completo.

- Quédate quieto y bebe – dijo la misma voz de antes – es solo agua.

Cuando inclinó mi cabeza de nuevo, no opuse resistencia.

Después del primer trago, deje de pensar en luchar. El agua entrando en mi boca era como volver a respirar. Necesitaba más. Abrí la boca, tragando la mayor cantidad de agua posible. En un momento dado fue demasiado y no guíe el agua por el camino correcto. Se me cerró la garganta y empecé a toser. La mano que tenía en el cuello descendió por mi espalda y me empujó hacia adelante, permitiendo que escupiera.

- Oye, con calma. Hay más.

¿Más?

Aparté el vaso, empujando el brazo que lo sostenía. El agua había surtido un efecto increíble: aún no veía bien, pero al menos el hormigueo se había ido y era capaz de moverme un poco.

No, no podía beber una sola gota más. Ya había bebido un vaso esa mañana y todavía no acababa mi jornada.

No sabía cómo, a pesar de lo cansado que estaba, el recordatorio de que mi suministro de agua era limitado había surgido; pero ahí estaba, apagando el deseo instintivo de beber.

- Collins ¿Qué...? – comenzó Jeffrey, antes de interrumpirse y guardar silencio.

Oí una silla deslizarse seguido de un golpe seco.

- Mire, no tiene de que preocuparse - me señaló algo en frente- es suya. No le costara ninguna de sus horas.

Intenté enfocar la imagen. Me froté los ojos y parpadeé. Había puesto algo encima de la mesa.

Poco a poco, mi visión se fue aclarando. A medida que los objetos se definían, mi curiosidad aumentaba. Tenía una idea bastante clara de lo que sería, pero no, me negaba a creerlo; Sin embargo, cuando el líquido cristalino se materializo, no pude evitar sonreír; aunque tal vez fuera una mueca más que una sonrisa

Miré a Jeffrey. Aún no podía creerlo.

- Tómela - me dijo, señalando de nuevo el agua con la cabeza.

Lentamente, estiré los brazos hacia la mesa y tomé el recipiente.

Antes de tocarlo, había pensado que estaba hecho de vidrio, pero era algo diferente.

Lo sostuve un rato, balanceándolo entre mis manos. El material estaba un poco frío y era menos rígido que el cristal, aunque lucía más resistente. No pesaba mucho, contendría lo equivalente a tres vasos de agua.

- ¿ya se encuentra mejor señor Collins?

La señora rodíguez se acercó, sentándose en la silla que había ocupado momentos antes, durante el interrogatorio.

Asentí.

Luego de la odisea que había pasado esa mañana, me pareció que un poco de agua extra no era una mala recompensa. Aún tenía la garganta seca pero solo había una persona que se tomaría esa agua, y no era yo.

- Queremos hacerle un par de preguntas

Asentí de nuevo, sin apartar los ojos del agua. Nunca había tenido tanta para beber, o al menos no junta.

- Según lo que pudimos observar, usted fue honesto, pero nos preguntábamos que pasó con sus marcadores.

- ¿con mis marcadores? creí que habían visto lo que yo. - Levanté la

cabeza, arrugando la frente.

Había movido mis labios. Yo.

- Y lo vimos. Pero en el lapso de tiempo que seleccionamos, no se mostro o se dijo nada sobre lo ocurrido con los marcadores. – se incorporo en la silla y la giro un poco para quedar directamente frente a mí. - ¿podría explicarnos que paso?

- Yo... – En el momento en que la señora Rodríguez me dijo que volvería a interrogarme, no lo pensé demasiado. Inconscientemente, di por hecho que no sería yo quien hablaría, que seguiría respondiendo igual que antes; sin embargo, al responder, había sido mi yo consciente quien había controlado las palabras. Mi mente no se había quedado en blanco, y ahora no estaba seguro de que decir.

Una chispa parpadeó en mi cerebro y se apago, dando paso a la imagen de mis manos sobre una bolsa vacía.

- Yo... me quede sin marcadores – contesté.

Me temblaba la voz. La seguridad se había esfumado; mi actitud desafiante, todo, ya no estaba, como si me los hubieran extirpado mientras deambulaba en mi subconsciente.

- Así que, ¿se le acabaron? – preguntó la señora Rodríguez, llamando a Jeffrey con una mano.

- Mmmm, sí.

Había empezado a temblar. Una sensación extraña me recorrió de pies e cabeza y mi piel se erizó.

- Entonces... – tomó algo que le ofrecía Jeffrey – ¿de quién son estos?

Extendió su brazo derecho hacia mí, enseñándome un pequeño saco de tela gris. Inmediatamente lo reconocí: era donde guardábamos los marcadores.

Negué con la cabeza y me encogí de hombros ¿Por qué tendría que saberlo?

- Estaba en su sección cuando la revisamos – informó Jeffrey, avanzando hasta quedar junto a la señora Rodríguez.

Guardé silencio un momento. La bolsa no tenía nada de especial, podría haber pertenecido a cualquiera.

- No lo sé, no son míos – bajé la cabeza y apreté el recipiente con el agua, el temblor de mis manos era incontrolable.

- Señor Collins, dice que no son suyos pero ¿Qué hacían en su sección?
- No lo sé – repetí – no son míos.

La señora Rodríguez respiró hondo. Se levantó y le cedió el puesto a Jeffrey.

- ¿no está cansado Collins?

Era broma ¿no?

- Por supuesto.
- Entonces, terminemos con esto de una vez. – se inclinó hacia mí - ¿son suyos estos marcadores?
- No.
- ¿sabe de quién son?
- No.
- ¿Qué hacían en su sección?
- No lo sé.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

Sí, me sentía exhausto, pero nada comparado a la rabia que bullía en mi interior ¿Acaso no había sido suficiente tortura? Ya habían visto todo, yo no podía brindarles ninguna información; no sabía de quien eran esos marcadores ¿Por qué no me dejaban en paz? ¿Por qué no dejaban que me fuera? ¿Por qué demonios seguían tratándome como a un *desertor*?

Jeffrey se levantó. Estaba frotándose la barbilla con el pulgar, al parecer se había quedado sin trucos.

Lo observé mientras se acercaba a la encargada en jefe, quien se dirigió a la mesa discutiendo con Jeffrey en voz baja. Solo logré captar un par de palabras antes de que se convirtieran en un hilo de frases ininteligibles.

No tenía idea de que estarían diciendo, pero preferí ignorarlo. Si pensaba en ello un poco más, seguro terminaría en el piso de nuevo.

Bajé la cabeza y volví a concentrarme en el agua. Su movimiento fluido dentro del recipiente ejercía un efecto tranquilizador. Era hermosa.

La verdad es que no se solía pensar mucho ello – en el agua en sí, o la forma en que lucía – solo la bebíamos, todos, racionándola lo más posible y, a veces, cuando no era suficiente, trabajando horas extra por un poco más.

En la purificadora B había mucha agua, pero la que veíamos, – antes de iniciado el proceso de descontaminación – no se parecía en nada a la que

tenía en mis manos.

Recordaba una vez, cuando niño, que había intentado beber de la que salía por la duchas. No tendría más de seis años y había metido la boca debajo del chorro. Digamos que no volví a hacerlo: la garganta se me irritó tanto que Shawn tuvo que conseguir un doctor.

En ese entonces, mi abuelo aún era muy activo. Si hubo algo que ese hombre no hiciera para ganar horas, no lo conocí.

El primer día que me llevo a ver el límite fue el día de "la charla", como él lo había llamado. Sentados desde donde se veía el río, me explico la forma en que el mundo funcionaba y, claro, porque no podía beber de esa agua. Recuerdo que hacía un día hermoso y soleado, y que nos quedamos el resto de esa tarde mirando la planicie mientras él me contaba historias de una vida mejor.

Me explicó que esa agua no era agua en lo absoluto, que de hecho, era una serie de químicos que limpiaban la piel y la protegían, así se evitaban las enfermedades cutáneas y, al igual que con el escáner, era obligatorio hacerlo aunque solo una vez por semana.

- Collins – el señor luna y la señora Rodríguez habían regresado a sus posiciones iniciales frente a mí. – somos conscientes de que ya ha pasado por mucho – dijo Jeffrey. – así que esto será todo por hoy. Puede retirarse.

¿Había escuchado bien?

- ¿por hoy? – la pregunta fue casi un grito.
- Sí, debe volver mañana.
- ¿acaso no ha sido suficiente?!
- Mire... –comenzó Jeffrey.
- ¡Casi muero en esa silla! – lo interrumpí.
- No estuvo a punto de morir, es solo el proceso. – dijo calmadamente, tomando su pantalla.
- ¡Pues intente someterse usted a él y luego me dice si es solo un procedimiento! – estuve a punto de levantarme, pero me contuve.

Jeffrey respiro hondo y me miro a los ojos.

- No hacemos esto para torturarlo, Collins – sus ojos se desviaron a la botella que tenía en mis manos – debe regresar mañana y no es algo que este a discusión.

A discusión, como si esa opción existiera.

Todo él me exasperaba, con su expresión neutra y actitud calmada.

- Además – agregó, mientras anotaba algo en su pantalla – tendrá derecho a más.

Pasaron unos segundos antes de que comprendiera que se refería al agua.

Me llevé las manos a la cara y me froté las sienes. Acababa de tocar un buen punto. Debía calmarme; de igual manera, lo quisiese o no, tendría que regresar al día siguiente.

- ¿A qué hora? – pregunté en voz baja. Acababa de rendirme.
- ¿perdón? – inquirió Jeffrey
- ¿Qué a qué hora debo estar aquí? – repetí, gruñendo un poco.
- Muy bien Collins – dijo, levantándose de la silla y dedicándome un intento de sonrisa – es mejor si coopera. – y añadió– Deberá estar en la recepción a las nueve en punto. No llegue tarde.

No asentí, solo me levanté, apoyándome un poco en la mesa.

La sala entera parecía haberse encogido: de los ocho por diez metros que tenía cuando llegué, solo parecían quedar cinco, y ya sentía que me faltaba el aire. Era hora de irme.

Me acomodé la pañoleta, preparándome para salir. Agarré el recipiente y lo tapé bien. No quería que se derramara.

- Puede retirarse en cuanto termine – dijo Jeffrey, que seguía concentrado en su pantalla.

Lo observé un momento, con las manos aún sobre la tapa.

- ¿Cuándo termine el que?
- El agua, por supuesto – señaló el recipiente con el lápiz, sin prestar mucha atención.

Me lo apreté contra el estomago, acercándomelo más.

- Yo... – me aclaré la garganta – pensé que podría llevármela.
- Pues no – intervino la señora Rodríguez– no puede sacarla de aquí.

Ella seguía de pie al lado de Jeffrey, señalando alguna cosa en la pantalla mientras este escribía.

Solo eso faltaba, por fin había encontrado algo bueno del infierno que

acababa de vivir y ahora no podía llevarme el agua.

Dudé un poco. No entendía donde estaba el problema. Me pertenecía ¿verdad? Lo que decidiera hacer con ella no era asunto suyo.

- Pero...
- Solo tómesela y deje el recipiente en la mesa – me ordenó la encargada en jefe.
- Yo... - me detuve. Así que, ¿no querían que me llevara el recipiente?

Decidí echarle un vistazo. Era extraño que los de la I.M.C.A.A hicieran tanto alboroto por algo, de lo que estaba seguro, tenían en cantidad.

Lo alcé unos centímetros, ejerciendo un poco de presión en el centro. No recordaba haber visto uno así antes, cedía bajo mis dedos: plástico. Por eso no querían que me lo llevara; ni siquiera debería estarlo tocando.

Inmediatamente lo dejé sobre la mesa, como si quemara, tan rápido que tropecé con la silla y estuve a punto de volcarla.

- Por eso exactamente no puede llevárselo – la señora Rodríguez sonreía – además de que es un delito e iría a la cárcel por ello.

Tenía razón. En la escuela nos habían explicado todo el tiempo que le tomaba descomponerse y de que estaba hecho, al igual que el decreto de prohibición: nadie, absolutamente nadie, podía hacer uso de ninguna clase de objeto que estuviera hecho de plástico, claro, con excepción de la I.M.C.A.A.

Di otro paso atrás, alejándome de la mesa, con cuidado de no chocar contra la silla. El solo hecho de que estuviera tan cerca me espantaba. Desde que tenía uso de razón me habían enseñado lo dañino que era y acababa de beber agua de uno.

- ¿La quiere o no? – preguntó – no tenemos todo el día.

Sabía que no podía sacarlo – por supuesto, no quería terminar en la cárcel – pero no importaba que estuviera en un recipiente hecho de plástico, no iba a irme sin el agua. En el instante en que Jeffrey me había dicho que era mía, supe que debía llevársela a Ann. Ella lo necesitaba más que yo y tampoco iba a tomarme todo eso yo solo, no habría estado bien.

- Mmmm... - dudé un poco, entonces – ¿y si consigo otro recipiente?

Ambos me miraron como si estuviera loco. No me interesaba, debía encontrar la forma de llevársela a Ann.

- Ya le dijimos que no lo puede sacar de aquí.
- Lo sé, solo esperen cinco minutos – dije mientras corría hacia la puerta.
- ¡Collins...!
- ¡ya vuelvo!

¿De dónde rayos iba yo a sacar un recipiente?: no tenía idea. Lo único que estaba claro era que debía hallarlo.

Atravesé la puerta, haciendo caso omiso de lo que decían. Al salir, uno de los guardias me agarro por el brazo pero, antes de que protestase, ya me había soltado. Ignoré el por qué y me lancé al pasillo. Corrí, doblando por un pasadizo a la izquierda y por el siguiente a la derecha. Fue sorprendente lo fácil que me resulto orientarme en el laberinto de concreto y madera.

La sangre bombeaba en mis oídos, golpeando como un tambor y dificultando la tarea de poder pensar en un lugar donde podría, gracias a un milagro, hallar un recipiente. Sabía que en los casilleros era imposible y que el pórtico estaba cerrado, pero debía haber otro sitio...

Corrí un poco más hasta llegar a la recepción. Allí todo seguía igual, aunque el ambiente parecía más calmado, o por lo menos ya nadie gritaba y las personas habían dejado de correr. El lugar seguía atestado y, cada dos por tres, alguien se metía en la mitad bloqueándome el paso.

Avancé entre empujones, choques y disculpas mientras intentaba llegar a la puerta. Cuando llegué a la salida, algo me tomó por la espalda del uniforme frenándome en seco. Estuve a punto de caer.

- Wow, wow, wow, espera ¿A dónde vas con tanta prisa niño ninja?

Dan. No tenía idea de donde había salido y empezaba a cansarme de esos encuentros sorpresa.

- Suéltame – le ordené, forcejeando con su brazo. Seguramente la encargada en jefe no esperaría mucho.
- Está bien, está bien, tranquilízate. – dijo al mismo tiempo que me soltaba y me acomodaba el uniforme. – ya está, – me dio un par de palmadas sobre los hombros – ahora ¿puedes decirme que pasa? No te persiguen ¿o sí? – Miró a ambos lados, como si buscara alguna señal de huida.

Si bien Dan nunca parecía hablar en serio, la fina línea que se abrió pasó entre sus cejas decía otra cosa.

Me miró y levanto ambas cejas, pidiendo una respuesta.

- No, no, es... –... lo que buscaba, claro, ¿Por qué no se me había ocurrido? – ¡Dan! – esta vez fui yo quien lo tomo por los hombros.
- ¡niño ninja! – gritó, imitando mi tono de voz.
- No, escucha – dije, sacudiéndolo un poco para captar su atención – necesito un favor ¿Sabes dónde puedo encontrar un recipiente?
- Un... ¿recipiente? – preguntó. Entonces, una luz parpadeó en sus ojos, como si hubiese descubierto algo obvio. – Ya, – apartó mis manos, sonriendo – pero me debes una.

- Así que yo te debo una – dije luego de que Dan pusiera el recipiente en mis manos – parece que ya se te olvidó *el mazorcazo* de esta mañana.

Nos encontrábamos enterrados en medio de lo que creí eran un millar de cajas y objetos tan sucios de tierra, abono y quien sabe que otra porquería, que era imposible identificarlos. Solo nos había tomado un minuto llegar allí y uno más escabullirnos por una de las ventanas traseras. Al parecer, no era la primera vez que Dan entraba al cuarto destinado a funcionar como pórtico dentro de La Cueva, de hecho, parecía casi a gusto forzando la pequeña cerradura oxidada mientras yo hacía de vigilante. Preferí no preguntar.

- Eso – replicó, hurgando en una de las cajas; cuando se apartó, tenía otro recipiente en las manos – fue un accidente. – me quitó el mío y balanceó ambos en el aire – ¿Qué te parece? ¿negro o caoba? Yo prefiero el negro pero...

- Solo dame uno Dan – le espeté, arrebatándole el que me había dado en primer lugar.

La diferencia entre los recipientes de plástico y estos era abismal. En contraste con los de la I.M.C.A.A, estos estaban hechos de algo así como madera y, aunque eran lo suficientemente grandes, no pesaban mucho.

- Sabía que escogerías el caoba –volvió a dejar el negro en su lugar – te he visto por ahí y parece que te encanta este trabajo. Ya sabes... abono y gusanos.

- Es mejor que las purificadoras.

- Por supuesto, tierra y suciedad son mejores que agua. – dijo usando el tono más sarcástico que pudo. Se dirigió a la ventana, la abrió y tomó impulso en la cornisa para saltar fuera. Lo seguí, aunque con menos gracia.

- Agua sucia – puntualicé. Cerré la ventana y empecé a caminar dirigiéndome al frente. – ¿estás seguro de que esto no será un problema?
– Pregunté enseñándole el recipiente – Porque creo que los míos ya deberían haber expirado por hoy.

- No, – dijo al mismo tiempo que se detenía y me lo quitaba exasperadamente. – aunque tal vez lo sea si no dejas de agitarlo como si fuese una bandera.

Dan me resultaba un poco extraño. No sabía si era amable o si solo me había ayudado porque la tarea incluía violar la ley.

Caminamos en silencio, acelerando el paso. En menos de un minuto estábamos otra vez en la recepción, y al cabo de cinco más, me encontraba de vuelta con el agua. La tarea de lograr que me la dieran resultó mucho más fácil de lo que pensé. Cuando entré no me hicieron ninguna pregunta, solo llenaron el recipiente y me lo devolvieron. A parte de un par de recordatorios respecto a la hora en la que tenía que estar allí al día siguiente, no hubo nada más.

Cuando salí del pasillo, Dan estaba apoyado en el recibidor hablando con la recepcionista.

- Dan, solo dáselo a tu hermano ¿sí?
- Lo haría cariño, pero si quieres decirle algo, tendrás que hacerlo tú misma.

La mujer con la que hablaba era joven, de unos veinte años como máximo. Estaba sentada detrás del escritorio y sostenía un trozo de papel, intentando que Dan lo tomara.

- Dan, por favor...
- Está bien, te ayudaré. – los ojos de la chica se iluminaron – Pero, – agregó antes de que le agradeciera – solo te diré que hoy su jornada es hasta la cinco y que probablemente estará en La X luego de terminar. – toda emoción se evaporó al instante del rostro de la chica.

Suspiró y arrugó el papel.

- Solo dile que lo siento –dijo en un susurro.
- Se lo diré – sin más, dio media vuelta y se encaminó a la salida.

La chica no me parecía conocida, seguramente empezaba su turno después de mi ingreso matutino.

Me quede allí unos segundos, observándola. Era menuda y bastante bonita. Tenía la tez morena y el cabello corto ondulado. Un par de lentes enmarcaban sus ojos oscuros.

- Oye tú, ¿vienes o qué? – Dan sostenía la puerta con medio cuerpo dentro del recibidor.

Sacudí la cabeza con un leve gesto afirmativo y salí.

Era difícil imaginar una razón por la cual Dan había sido tan duro con ella – teniendo en cuenta lo brusco que parecía ser por naturaleza – e igual que antes, preferí no preguntar. Ciertamente ese asunto no me correspondía en lo absoluto.

- ¿Qué te dijeron? – preguntó al tomar el recipiente de mis manos.
- Nada, a penas si se fijaron en que traía uno nuevo.
- ¿no te hicieron preguntas?
- No.
- Mmmm, bien.

Habíamos empezado a caminar de vuelta a La Cueva. El sol brillaba intensamente arriba de nuestras cabezas pero la temperatura era estable, igual que siempre.

Si había algo que me causaba curiosidad era eso, es decir ¿cómo se sentiría el aire allí afuera, sin una capa de plasma impidiendo que los rayos UV afectaran la temperatura? Tenía claro que incluso antes de la Guerra Medica ya existía un problema con ello, problema causado – sin lugar a dudas – por nosotros mismos, de nuevo.

- Creo que hay casi un litro aquí – Dan agitaba el recipiente cerca de su oído.
- Sí, supongo – comenté distraído.

No podía dejar de pensar en que tendría que volver a pasar por esa pesadilla de nuevo. Seguían temblándome un poco las piernas y dudaba ser capaz de soportarlo una vez más. Estaba seguro de que me quebraría en la silla antes de entrar en aquel estado consciente de inconsciencia.

Intentaba consolarme con la idea de obtener agua extra. En serio la necesitaba o, más bien, Ann lo hacía.

- ¿y entonces? – dan se había detenido frente a la puerta de entrada.
- ¿y entonces qué? – pregunté. Parecía que me había perdido media conversación.
- ¿Qué que te toca luego del almuerzo?
- Mmmm, no lo sé. Creo que... espera – ¿había oído bien? – ¿dijiste almuerzo?

¿Cuánto tiempo había pasado mientras estaba en esa sala?

- Sí, almuerzo. – respondió, poniendo los ojos en blanco.
- Pero... eso quiere decir que me salté dos horas de trabajo, yo no...
- Oye, deberías dar las gracias. De haber faltado me habrían fichado el

resto del mes.

El resto del mes... Dios, ¡no podía perder cuatro horas en dos días! No sabía porque no se me había ocurrido preguntar antes, ni siquiera lo había pensado. Desde que desperté en la banca en los vestidores, mi noción del tiempo se había distorsionado.

- Tengo que volver antes de que se vayan – le arrebaté el recipiente – gracias por la ayuda Dan –masculé antes de tomar el camino de regreso.

- ¿Qué? Oye, espera. – dijo al mismo tiempo que me alcanzaba.

- Ellos no me dijeron nada respecto a las horas y no puedo perderlas – No tenía tiempo para explicárselo. Las palabras eran intermitentes a medida que avanzaba.

- Oye solo fueron dos horas, no creo que te molesten por ello. Fue su culpa que no cumplieras con tu trabajo.

- Sí bueno, eso es lo lógico; pero estamos hablando de la I.M.C.A.A y no son solo dos horas. probablemente mañana tendré que pasar dos horas más allí y...

- ¿Por qué mañana? – freno en seco, tomándome del brazo. Me zafe de inmediato.

- Oye, debes dejar de hacer eso – le espeté molesto.

Ignoró mi comentario y repitió la pregunta.

- ¿Por qué mañana?

- No lo sé, me dijeron que volviera – contesté, encogiéndome de hombros – y hablo en serio, deja de...

- ¿Te lo harán de nuevo? – me interrumpió.

- Eso fue lo que dijeron. Oye Dan...

- Diablos ¡¿Por qué?! – la pregunta fue casi un grito.

De repente parecía molesto, como si fuera él a quien iban a someter a la esfera otra vez.

- Esa misma pregunta les hice yo - dije como respuesta – mira, necesito alcanzarlos y...

- No – su tono de voz fue firme – tu vienes conmigo.

- ¿Qué? Claro que no, tengo que...

- No. Escúchame Joshua, no puedes volver allí, no hasta que solucionemos esto.

- ¿solucionar qué?

- Tus recuerdos.